

„por la salud del mundo.” (†) ¿Lo habeis oido, hermanos míos? Jesucristo acaba de tirar la línea que divide política de política, y gobiernos de gobiernos. Los pueblos no son ya el patrimonio de sus soberanos, sino el blanco de la beneficencia y un objeto de la mas tierna solicitud para los que son llamados al honor terrible de regirlos. Mandar es santificarse en los puestos públicos, es servir á los súbditos con zelo, sacrificarles el tiempo, los gustos, la quietud propia, la prosperidad y hasta la vida. Pero ¿quien ha establecido esta máxima? El mismo, Católicos, que ha comunicado á la persona del que gobierna un carácter santo y venerable, el que ha inscrito las leyes que se promulgan en la tierra, entre los preceptos que Dios ha impuesto á los hombres; y que uniendo á la sancion de los sentidos la sancion del espíritu, ha santificado la obediencia. Nada tuvo ya de humillante el título de súbdito, y glorioso fué obedecer á las potestades de la tierra, desde que se dijo á todos los pueblos por la boca del Apóstol: „Todos estan „sometidos á las potestades superiores: por que no „hai autoridad que no venga de Dios, y él es „quien las ha ordenado. Asi pues, el que resiste á „la potestad, resiste á la ordenacion de Dios. . . . El „Príncipe es el ministro de Dios para el bien. . . . Es „pues necesario que le esteis sometidos, no solo „por el temor del castigo, sino por un deber de „conciencia.” (††)

Eterna en sus promesas. ¿Pero cuál es, Señores, la fuerza que sostiene á los discípulos de Jesucristo en la práctica de unos deberes tan penosos, que á

(†) *Math. XX, 26, et seq.*

(††) *Ad Rom. XIII, 1.º et seq.*

no verlos cumplidos con tan absoluta fidelidad, nos veríamos tentados de creerlos incompatibles con la naturaleza humana? Las altas y sublimes promesas. Vengamos pues á esta parte, la mas dulce y consoladora de la verdad de Jesucristo; vengamos á la verdad práctica, al destino de nuestra existencia, á los misterios del sepulcro, á esta esperanza divina que nos desprende de la tierra, que dulcifica todas las amarguras de la vida, que triunfa de la adversidad y trasforma en atractivo á los ojos del verdadero cristiano cuanto habia tenido hasta entonces de triste y desesperado la muerte. Trasladémonos con el espíritu á esa montaña para siempre célebre, lugar de cita para los grandes y los pequeños, desde la cual recuenta sus escogidos el Salvador del mundo, muestra su reino á todas las generaciones y traza la única senda por donde puede llegar el hombre á incorporarse dentro de sus muros eternos. ¿Qué tiene de comun esta felicidad con la que el mundo prometia? Era esta, Señores, una deidad encantada, que inflamaba de continuo los deseos del hombre seducido, é incesantemente burlaba sus locas esperanzas. ¡Infeliz! Quería conciliar la dicha con el crimen y descubrir tras el velo de las pasiones la imágen de la virtud y la paz inefable del corazon.

A vosotros estaba reservada esta ventura, hijos de la tribulacion, desechos del mundo, á vosotros todos, los que no teniais sobre la tierra sino una triste y miserable cabaña, los que anhelabais por la justicia sin embargo de la persecucion, los que disfrutabais la deliciosa paz de una conciencia pura, los que siempre habiais hecho sentir la benigna influencia de una mano amiga en el endurecido pecho de vuestros adversarios.

¡Bendito sea Dios, hermanos míos, que llegó el tiempo de ser sabios sin ser filósofos, de obtener á título de pobreza el reino celestial y encadenar con la mansedumbre del alma todas las potestades de la tierra! *Bienaventurados los pobres, bienaventurados los mansos, los pacíficos, los misericordiosos, los que padecen la persecucion.* Consuélate ya, Madre sin ventura, pues no tienes que mendigar de los hombres un pan de lágrimas, constantemente pedido y desdeñosamente negado. ¡O infelices! subid en multitud á las colinas de Sion, para anunciar vuestro reinado á los ricos de Babilonia: *Bienaventurados los que han hambre: Beati qui esuriunt.* (†)

¡Admirable transformacion! ¿Quién hubiera imaginado que la felicidad estaba en el opuesto rumbo al que los hombres ávidamente recorrían, en el extremo opuesto de las riquezas que todo lo ganan, del poder que todo lo somete, de la guerra que todo lo humilla, de la venganza en fin, colocada por el orgullo en el rango de los nobles sentimientos? ¿Que te resta pues para tocar las cumbres de la dicha, familia inmensa que gimes bajo el insoportable yugo, sino asirte de tu propia desgracia, como de un puerto seguro de salvacion? Hombres de mérito á quienes desconoce la envidia, almas esclarecidas á quienes empaña el inmundo aliento de la calumnia, genios de la caridad á quienes persigue la ingratitud, no temáis: que ya se adelanta desde la diestra de su Padre á enjugar vuestras lágrimas el que interrumpió el llanto del infortunio con este grito de salvacion: *Bienaventurados los que lloran, por que ellos seran consolados: Beati qui lugent, quoniam ipsi consolati-*

(†) *Mat. V, 6.*

buntur. (†) Llorad pues, almas escogidas, mas llorad con el consuelo inefable de que vuestro padre celestial recoge en su seno vuestras lágrimas, las purifica, las ennoblece, y objeto son ellas á sus divinos ojos de una eterna predileccion.

¡O verdad! he aqui tus caractéres, he aqui tus triunfos! ¡O soberana razon que todo lo ilustras y todo lo sometes! Te admiro en tu sublime sencillez, te adoro en tu santidad augusta. He aqui, Católicos, una obra maravillosa. ¿Quién podrá elogiarla bastantemente? ¿Cuán pequeña es la razon humana para elevarse á tan inmensa altura! El mundo estaba sumergido en las tinieblas: crímenes contaba la historia en sus anales; errores é imposturas, la filosofía en sus escuelas. Inútilmente habian aspirado todos al imperio de la razon: las sectas impelían á las sectas; los sofismas triunfaban de los sofismas; empeñábanse en escandalosas lides los errores con los errores, y parece que la noche habia corrido su negro manto sobre los hombres y la naturaleza. Nada podia ya esperarse de aquellos, ni el entendimiento era capaz de ser regenerado, sino con un soplo de vida semejante al que animó al primer habitante del Paraiso. He aqui la obra de Jesucristo: baja desde la diestra de su Padre, se digna vestirse de nuestra pobre naturaleza, pasa en el humilde retiro doméstico todos los años de su vida privada, sale de aqui á emprender su carrera pública, marcha sobre las huellas de su Precursor, abre sus labios, y la verdad invade al universo, y el entendimiento queda regenerado.

Pero esto no es bastante, Católicos: en la perfeccion eterna de las obras de Dios todo ha de rendir

(†) *Math. V, 5.*

humildes tributos á su gloria: que no desfallezca vuestro corazón ante la severidad de la lei: que si la verdad que la contiene parece superior á la fuerza del hombre; Jesucristo no solo predica, sino que obra; no solo impone el precepto, sino que tambien lo practica; y si sus labios anuncian la verdad, su vida toda es una escuela de perfeccion y un gérmen infinito de virtud.

SEGUNDA PARTE.

Al recorrer, Señores, la vida de Jesucristo, al ver el doloroso cuadro de sus padecimientos, nuestra razon parece lanzar un grito de extrañeza y no sabe cómo habiendo podido Jesucristo rescatar millares de mundos con la infinita eficacia de un solo sentimiento, quizo pasar por una prueba tan dolorosa, sufrir todas las miserias y fatigas de la triste humanidad y ser combatido al mismo tiempo por la ingratitud, por la envidia, por el zelo hipócrita y la estupenda crueldad de sus enemigos. Mas volviendo un instante sobre nosotros, sondeando, cuanto es posible, nuestra miseria y debilidad, y subiendo al fatal origen de aquellas transgresiones que mas deben confundirnos en la presencia del Señor, comprendemos fácilmente cuánto importaba para nosotros el ejemplo constante que á nuestra santificacion ofrecen los crueles padecimientos del Salvador del mundo. Si este padre de misericordia se hubiera limitado á predicar su evangelio, si hubiera pasado su vida exento de las tribulaciones de la vida humana, si sus

labios no hubieran probado la hiel, si el dolor no hubiera despedazado sus entrañas, si la perfidia y la ingratitud no hubieran contristado su pecho, si la persecucion no se hubiera cebado en su sangre, y si la muerte, en fin, no le hubiese cubierto con sus sombras: ¿quién de todos los nacidos hubiera puesto en práctica las verdades austeras de su moral? ¿En qué punto de la tierra hubiera encontrado su ley un asilo? ¿En cuál templo del mundo se hubieran elevado hasta Dios los inciensos de la virtud? Hai una distancia tan inmensa desde el entendimiento hasta el corazón, se halla el alma tan dependiente del imperio de los sentidos, es tan grande el influjo de la carne y de la sangre, tan flaca y débil la condicion del hombre, que no habria discurrido mucho tiempo desde la venida de Jesucristo, sin que el mundo hubiera vuelto á naufragar, y la luz del evangelio hubiera corrido entre el pueblo regenerado la misma deplorable suerte que la legislacion de Moises en el pueblo judío, y la lei eterna de la naturaleza en las dilatadas regiones del paganismo.

Mas no era esta, Católicos, la suerte que habia señalado Jesucristo á su reino; visible habia de ser, y todos los súbditos que le compusieran habian de tener no solamente verdades que atesorar en su entendimiento, mas tambien dechados perfectísimos de las virtudes que debieran practicar. De esta manera la razon y la voluntad estaban igualmente regeneradas, pues de una misma fuente habian de correr con abundancia infinita las verdades que ilustran, las virtudes que santifican, los remedios que sanan y las gracias en fin, que alimentan el espíritu y sostienen los pasos vacilantes de la criatura por los caminos de su eterno fin. He aqui por qué se hizo hombre Jesucristo: se